

STANLEY G. PAYNE

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



Breve y completo relato del conflicto armado, sus complejos orígenes, el derrumbe de la segunda república y el desarrollo de la dictadura franquista.

Payne ofrece en este libro una visión completa y breve del conflicto que dividió España entre los años 1936 y 1939, y lo enmarca en la historia europea del siglo XX y en el contexto de las guerras civiles revolucionarias. Analiza la compleja vida política republicana, el papel de la intervención alemana, italiana y soviética, y el desarrollo de la dictadura franquista.

PREFACIO

La Guerra Civil española fue el conflicto bélico más importante ocurrido en Europa en la década anterior a la Segunda Guerra Mundial y ha generado una bibliografía ingente. Incluso pasadas tres generaciones sigue suscitando interés y las polémicas que desató continúan encontrando partidarios, no solo en España, en cuyo seno la contienda tiene todavía una importante presencia, tanto en la historiografía como en el discurso partidista.

La primera historia objetiva del conflicto, publicada por Hugh Thomas en 1961, se amplió hasta convertirse dieciséis años después en una obra más exhaustiva de 1.100 páginas. Aunque en un solo volumen sea imposible captar por completo y de manera definitiva un conflicto tan complejo como la Revolución Francesa, la edición revisada de Thomas, en su calidad de relato concentrado, sigue sin superarse. El presente libro no constituye una descripción exhaustiva de la guerra, sino que intenta aclarar asuntos clave, indagando en las cuestiones más llamativas dentro de un marco analítico y comparado, sin dejar de incorporar los resultados de las investigaciones más recientes. Su objetivo principal es responder al mandato de José Ortega y Gasset, que en 1938 proclamaba que lo más importante era comprender el carácter y el origen de la contienda.

INTRODUCCIÓN

La guerra civil en la Europa del siglo xx

La Guerra Civil española fue el enfrentamiento político y militar más importante registrado en Europa durante la década anterior a la Segunda Guerra Mundial. Su polarización no solo afectó a España sino que suscitó una intensa reacción en millones de europeos y americanos. La guerra recibió muchos nombres. Los izquierdistas y también muchos progresistas la han entendido de muy diversas maneras: un combate «entre el fascismo y la democracia», «entre el pueblo y la oligarquía» (o «contra el ejército»), «la revolución frente a la contrarrevolución» e incluso «el futuro frente al pasado». En diversos momentos, derechistas y conservadores la calificaron de lucha del «cristianismo contra el ateísmo», «la civilización occidental contra el comunismo», «España contra la anti-España» y «el orden público frente a la subversión». Aunque esas etiquetas sean antitéticas, no siempre son mutuamente excluyentes, porque la guerra fue enormemente complicada y contradictoria, y en todas esas denominaciones había, en mayor o menor medida, algo de verdad, aunque algunas fueran más precisas que otras.

La guerra la desataron los problemas internos de España, pero una vez que las tres grandes dictaduras europeas iniciaron una limitada intervención, muchos comenzaron a considerarla un conflicto internacional en el que se combatía por poderes. En otros países, las actitudes tuvieron más que ver con la opinión que se tenía de los Estados implicados en el conflicto que con la propia guerra, porque muchos consideraban que el resultado de la misma podría in-

fluir en el equilibrio de poder existente en Europa occidental.

Es importante no perder de vista que la Guerra Civil española tuvo lugar en una época, que va desde 1918 a 1949, en la que muchos países europeos sufrieron conflictos civiles similares. En este sentido, lo singular del enfrentamiento civil español fue sobre todo que tuviera lugar en un país europeo occidental, y que fuera el único que estallara en el periodo de entreguerras, al margen de la Primera Guerra Mundial, de sus inmediatas secuelas y de la Segunda Guerra Mundial.

Las tres décadas que van desde 1914 a 1945 constituyen la era de las guerras mundiales, las más destructivas de la historia, pero en Europa, donde se iniciaron esos combates, ese fue también el periodo de los conflictos políticos más intensos, que desató guerras civiles en muchos países —Rusia, Finlandia, Letonia, España, Hungría, Yugoslavia, Grecia y Polonia—, así como levantamientos y revueltas generalizados en Alemania, en tanto que varios países más se vieron con frecuencia al borde del enfrentamiento civil. Todo ello nos lleva a plantearnos por qué la época de los conflictos internacionales más generalizados también fue la de las perturbaciones internas más agudas.

Algunas de las causas principales de las guerras mundiales están bastante claras y tienen que ver con el choque de imperios rivales, el nacionalismo, el militarismo y una estrecha competencia económica, además de con la utilización generalizada de la tecnología industrial moderna, las nuevas técnicas de movilización de masas, la propaganda y la aparición de nuevas ideologías radicales. Las guerras desataron con frecuencia tensiones internas, que al mismo tiempo también alentaban otros factores. El comienzo del siglo XX fue una época de rápidos y decisivos cambios industriales, económicos y tecnológicos, y también de transformaciones sociales y culturales. La sociedad y la cultura tradicionales nunca se habían visto tan cuestionadas como

al inicio de lo que algunos historiadores denominan «modernidad clásica», origen de problemas y oportunidades singulares que fueron acompañados de turbulencias nunca vistas. La transformación que experimentó la vida corriente gracias a la tecnología fue paralela a la aparición de nuevas ideologías políticas y sociales, que en ciertos casos se convirtieron en movimientos de masas. El liberalismo de las generaciones anteriores se había tornado conservador y fue cuestionado por el anarquismo, el socialismo, el comunismo y el nacionalismo radical, y después por el fascismo. En realidad, desde esa época, pocas innovaciones ideológicas cabe señalar.

Las rápidas transformaciones fueron acompañadas de un acusado incremento de las expectativas populares, que alentaron todavía más demandas de cambio, con frecuencia de índole revolucionaria. Durante la década anterior a la Primera Guerra Mundial, en la periferia europea y mundial estallaron revueltas sociales y políticas, empezando por la primera Revolución Rusa de 1905 y siguiendo por la iraní de 1906, la gran insurrección campesina rumana de 1907, la rebelión de los Jóvenes Turcos de 1908, el levantamiento militar griego de 1909, el derrocamiento de la monarquía portuguesa y el inicio de la Revolución Mexicana en 1910 y la Revolución China de 1911.

Desde la periferia de Europa, esas tensiones fueron avanzando hacia el núcleo del continente durante la Primera Guerra Mundial, lo cual fue tensando cada vez más los lazos políticos y sociales internos de los Estados europeos. La guerra, y no los movimientos revolucionarios, fue lo que produjo el derrumbe del régimen zarista ruso en 1917, y al finalizar la contienda al año siguiente, gran parte de los regímenes de Europa oriental y central corrieron un riesgo similar de caída o derrocamiento. Durante el año 1919 se produjeron conflictos internos nunca vistos en gran parte del mundo.

En 1918 habían estallado guerras civiles en Finlandia y Rusia, y ya no se trataba de la clásica contienda civil en la que dos adversarios entablan una lucha política con objetivos equivalentes y valores similares, sino que era un nuevo tipo de guerra civil revolucionaria como la desatada por primera vez en Francia durante la década de 1790 y en 1871. En las nuevas guerras civiles pugnaban por alcanzar el poder programas revolucionarios y contrarrevolucionarios absolutamente opuestos que no solo aspiraban al dominio político, sino a imponer programas sociales, económicos, culturales e incluso religiosos radicalmente antagónicos: lo que se contraponía eran dos formas de vida que, al ser tan contrarias, prácticamente enfrentaban a dos civilizaciones distintas. Esos conflictos civiles se libraron con un grado de crueldad y de violencia insólitos, que fue mucho más allá del campo de batalla. Durante la guerra civil rusa, el «terror rojo» y su correlato contrarrevolucionario no solo aspiraban a la conquista sino, hasta cierto punto, a la eliminación absoluta de la oposición, a la erradicación física y política del adversario, como si unos y otros representaran principios religiosos o metafísicos opuestos, fuerzas del bien o del mal absoluto que no solo había que domeñar sino extirpar por completo. El resultado fue un estallido de violencia política sin precedentes en el antiguo Imperio zarista, en tanto que también se producían conflictos violentos internos en la Europa central y meridional. Algunos historiadores califican de «guerra civil alemana» los levantamientos y revueltas registrados en Alemania entre 1918 y 1923, pero en realidad las instituciones germanas nunca se derrumbaron del todo. Sin embargo, Hungría sí sufrió durante tres meses una dictadura comunista, en tanto que en Italia tres años de convulsiones internas condujeron al desarrollo del fascismo, un nuevo tipo de autoritarismo radical y violento.

En Europa, las condiciones internas solo se estabilizaron a mediados de la década de 1920, aunque posteriormente tuvieran que enfrentarse a las nuevas perturbaciones gene-

radas por la Gran Depresión de 1929. Millones de personas buscaron una solución en el comunismo o en diversas clases de fascismo, aunque el primero no lograra ir mucho más allá de la Unión Soviética. Por el contrario, la mitad de los países europeos cayeron en manos de dictaduras nacionalistas, de las cuales la más poderosa y radical fue el régimen nazi de Hitler, que no tardó en desatar otra gran conflagración. Durante esta Segunda Guerra Mundial la violencia militar y, a veces, política superó límites nunca vistos, al tiempo que en diversos países se desataban graves conflictos internos. Tanto Yugoslavia como Grecia sufrieron grandes y prolongadas guerras civiles, en tanto que la imposición de un comunismo de cuño soviético producía en Polonia, y también en los antiguos Estados bálticos, en Ucrania y en Bielorrusia, guerras civiles de alcance limitado.

Esta época de grandes conflictos no llegó a su fin hasta después de 1945, cuando se alcanzó una estabilidad relativa gracias al triunfo de la democracia en gran parte de Europa occidental y a la imposición del totalitarismo comunista en el Este. No obstante, durante las tres décadas anteriores el nivel de conflictividad interna de los países europeos había alcanzado niveles inusitados en la época contemporánea.

Vista desde esta perspectiva, la Guerra Civil española no fue totalmente anómala, sino más bien el único gran conflicto interno que estalló en Europa occidental durante la década de 1930. En él estarían presentes todas las tensiones, odios e ideologías de las demás convulsiones, añadiéndose también rasgos propios, típicos de España y, hasta cierto punto, del conjunto de Europa durante la década anterior a la Segunda Guerra Mundial.

1

MODERNIZACIÓN Y CONFLICTO EN ESPAÑA

Desde el siglo XVI al XVIII, España sufrió menos conflictos internos que otros grandes países de Europa occidental como Francia, Inglaterra o Alemania. No obstante, esa tendencia cambió drásticamente con la transición a la modernidad política del siglo , cuando España se convirtió en el país más proclive al conflicto de toda Europa occidental.

La larga historia de España se ha caracterizado por altibajos de carácter extremo. A los romanos les costó mucho más conquistar la península ibérica, casi dos siglos, que ninguna otra parte de su imperio, pero después el territorio que denominaron «Hispania» se convirtió en una parte esencial del mundo latino. De Roma saldrían su nombre, sus lenguas, sus leyes, su cultura, su religión y sus primeras estructuras sociales. Al desmembrarse Roma, el nuevo reino visigodo creó en lo que entonces se llamó «Spania» la primera de las naciones históricas de Europa, dotada de un código legal escrito y de una incipiente y novedosa estructura identitaria e institucional. Sin embargo, los visigodos nunca fueron capaces de alcanzar la unidad política, y la división interna contribuyó enormemente a su súbito derrocamiento.

El curso de la historia española se alteró drásticamente el año 711 cuando una invasión musulmana acabó con la monarquía visigótica, ocupando pronto gran parte de la península. Durante los tres siglos siguientes casi todo el país adoptó la religión y la cultura musulmanas, entrando a

formar parte de un entorno medio-oriental cuyos centros se encontraban en La Meca y Bagdad. Con grandes dificultades, en las zonas montañosas septentrionales sobrevivieron pequeñas y aisladas comunidades cristianas que poco a poco fueron fortaleciéndose hasta acabar reconquistando toda la península ibérica. Ha sido este el único caso de relevancia en la historia mundial en el que un territorio extenso, conquistado militarmente por los musulmanes e incorporado al entorno religioso y cultural islámico, fue posteriormente reconquistado por completo por una parte reducida de su población originaria, que no solo expulsó a los intrusos sino que reinstauró su propia religión y cultura. Si a lo largo de la historia los españoles no hubieran tenido ningún otro logro, este bastaría para singularizarlos en los anales de la humanidad.

Al llegar el siglo XVI, la corona española era la principal potencia militar de Europa y regía los destinos de un gran imperio dinástico de carácter multinacional que incluía los Países Bajos, Portugal, gran parte de Italia y algunas zonas del este de Francia. Todavía más importante fue la conquista y ocupación de gran parte del hemisferio occidental y de las islas Filipinas, que propició por primera vez en la historia la creación de un imperio auténticamente mundial, en el que el sol nunca llegaba a ponerse. En materia de religión, España fue también el baluarte de la Contrarreforma, promoviendo una Edad de Oro de la alta cultura que, expresándose principalmente en términos religiosos, literarios y artísticos, alcanzó su punto culminante durante la última gran fase de la época tradicional de la historia europea, en el preciso momento en que esta llegaba a su fin.

En ese momento, España inició un acelerado declive que ya no le permitiría volver a recuperar su prestigio. Aun manteniendo durante dos siglos más su imperio de ultramar, el coste desmesurado de las interminables guerras dinásticas y la incapacidad de participar en los nuevos procesos de desarrollo y modernización que se estaban iniciando

en la Europa noroccidental dejaron el país enormemente debilitado y empobrecido, sacudido por un hambre y unas plagas que redujeron la población en más del 15 por ciento. Después de alcanzar niveles imponentes durante el ciclo de la cultura europea tradicional, España, mucho más que ninguno de sus vecinos, a excepción de Portugal, se quedó parcialmente estancada en ese molde, hasta el punto de que el desarrollo moderno supuso un gran desafío al que se dio una respuesta titubeante y limitada.

Olvidadas las glorias pasadas, durante el siglo XVII, España encarnó una serie de mitos y tópicos, plasmados de tres maneras. La primera fue el mito de la «Leyenda Negra» que, desarrollada sobre todo, pero no exclusivamente, por protestantes extranjeros, presentaba a los españoles como un pueblo insólitamente cruel, agresivo, violento, sádico incluso, y proclive al fanatismo religioso. A finales del XVII, este mito lo sustituyó en cierta medida el tópico del español orgulloso, perezoso, indolente e irresponsable, incapaz de contribuir al progreso y al conocimiento, o sin interés en ellos. Posteriormente, a comienzos del XIX, surgió el tercer tópico, el de la «España romántica», que, dando un nuevo giro a supuestas idiosincrasias, fue el primero de los mitos en retratar al español de forma parcialmente favorable. Para los viajeros y escritores extranjeros que lo desarrollaron, España era una tierra semioriental, de arcaico pintoresquismo que, con una fascinante renuencia a modernizarse, estaba habitada por una sociedad singular que seguía aferrándose a valores como el honor, el individualismo, el valor físico, la fe y el idealismo, la tradición y las artes; rasgos todos ellos supuestamente perdidos en países más modernos, pero también más insulsos como Francia o Inglaterra. Con estos aditamentos, España era retratada como un territorio romántico, pintoresco y tradicional.

El siglo XVIII, última fase histórica del Antiguo Régimen, fue un periodo de recuperación al que puso violentamente

fin la invasión napoleónica de 1808. La Guerra de la Independencia, como los españoles llaman a la posterior contienda de seis años de duración, fue más devastadora que las registradas en otras zonas de Europa, aunque los españoles se complacieran pensando que el ejército más poderoso del mundo nunca fue capaz de dominar por completo su país y que su resistencia popular fue mucho más generalizada y combativa que la de cualquier otro enemigo de Napoleón, sirviendo de inspiración a gran parte de Europa. La invasión francesa, al derrocar a la monarquía tradicional, también allanó el camino a la modernidad política en España, ya que los patriotas liberales promovieron la Constitución de 1812, la segunda carta magna escrita que se aprobó en un país extenso de la Europa continental y que durante las tres décadas siguientes influiría en gran parte de Europa. Sin embargo, también puso de manifiesto el inicio de la «contradicción española» contemporánea, porque proporcionó a España un sistema político más avanzado del que, con su cultura en gran medida tradicional y su endeble sistema educativo, podían sustentar una sociedad y una economía subdesarrolladas. En consecuencia, los sesenta años posteriores fueron un prolongado periodo de convulsiones, la época más confusa de la historia de Europa, durante la cual se sucedió una caleidoscópica serie de Gobiernos débiles, representantes de pequeños sectores sociales. Uno tras otro y con rapidez se sucedieron los pronunciamientos^[1], en los que diversos sectores castrenses pasaban a la acción para cambiar Gobiernos o proporcionar acceso a los mismos a nuevos grupos. En 1821 hicieron su aparición los liberales radicales que, conocidos como «exaltados», se convertirían en un rasgo permanente de la política española durante más de cien años, en tanto que nuevas fuerzas radicales, representantes de ideologías sectarias que solo apelaban a sectores minoritarios de la población, trataban de empujar al país a la introducción de cambios cada vez más profundos, para los que no estaba en absolu-

to preparado. Esta «era de los pronunciamientos», la época de máxima convulsión, alcanzó su apogeo durante el llamado «sexenio democrático» de 1868-1874, viéndose reducida al absurdo cuando la breve introducción del sufragio universal masculino, una nueva y temporal dinastía y, finalmente, una república federal, acabaron en una guerra civil de tres años.

En España hubo un total de cinco guerras civiles en poco más de medio siglo, tres de ellas breves y relativamente limitadas, una de ellas —la primera guerra carlista de 1833-1840—, larga, destructiva y extremadamente gravosa. En líneas generales, las guerras civiles decimonónicas fueron pugnas entre liberales y tradicionalistas, ambos monárquicos (los últimos conocidos como carlistas por su adhesión a Don Carlos, primer aspirante tradicionalista al trono), que acabaron con la victoria total de los primeros. De una u otra manera, durante el siglo XIX España estuvo en guerra durante más años que cualquier otro país europeo. La centuria se inició y terminó, respectivamente, con grandes guerras contra Francia y Estados Unidos; hubo, además, cinco contiendas civiles de diversa magnitud, una breve guerra con Marruecos y un total de veinticinco años de campañas coloniales en Latinoamérica, así como otras escaramuzas menores. La persistencia prácticamente constante de los conflictos armados fue determinante a la hora de postergar el desarrollo económico.

Al final se recuperó la estabilidad con la restaurada monarquía constitucional de 1875, el primer régimen contemporáneo español que conjugó el orden, el progreso y el respeto a los derechos fundamentales. El desarrollo económico y educativo se aceleró después del cambio de siglo y se produjo un nuevo florecimiento literario y artístico (la llamada Edad de Plata, después de la Edad de Oro de los siglos XVII y XVIII). El analfabetismo se redujo, mientras aumentaban las obras públicas y se introducían las primeras reformas sociales modernizadoras. La industria se desarrolló con

mayor rapidez, la estructura agrícola comenzó lentamente a modernizarse y, al llegar el año 1930, menos de la mitad de la mano de obra trabajaba en el campo. La censura prácticamente desapareció y a paso lento, pero seguro, las elecciones comenzaron a ser más dignas. El régimen evitó entrar en la Primera Guerra Mundial, pasando más bien a desempeñar un papel humanitario de cierta importancia y recogiendo grandes beneficios económicos en su calidad de principal país neutral de Europa. Al llegar la década de 1920 España tenía uno de los índices de crecimiento más elevados del mundo y las condiciones de vida y los niveles sanitarios mejoraban con rapidez.

Con todo, en 1917 el país, hasta cierto punto víctima de sus propios éxitos, entró en una nueva época de crisis política, ya que la modernización parcial no había hecho más que acentuar los problemas y contradicciones que aún quedaban por solventar. No era esa una situación singular, puesto que esos años fueron un periodo de graves conflictos en gran parte de Europa. El régimen español se veía acuciado, por un lado, por quienes, en demanda de mayor democratización, abogaban por el establecimiento de una nueva república, y, por otro, por los partidarios de la revolución social. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y su central sindical afín, la Unión General de Trabajadores (UGT), se desarrollaron con más lentitud que sus homólogos de otros países, pero en España surgió otra clase de movimiento obrero revolucionario, el anarcosindicalista, que llegó a dominar al movimiento sindical rival, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Los anarquistas aspiraban a una utopía que, basada en la formación de comunas y sindicatos autónomos, prescindiría del Gobierno central.

La primera huelga general convocada por los socialistas en 1917 fue un fracaso: durante la huelga y la represión resultante perecieron casi cien personas y a partir de 1919 aumentó la violencia política. Entre 1897 y 1921 los anar-

quistas asesinaron a tres presidentes del Gobierno y hubo otros dos atentados contra el principal líder del Partido Conservador y tres contra el rey Alfonso XIII. En ocasiones, los estallidos de violencia anarquista desataron una virulenta represión por parte de la policía y el Ejército. En general, los socialistas no recurrieron a la violencia, pero junto a los anarquistas surgió un nuevo e incendiario rival, el pequeño Partido Comunista de España (PCE), que contribuyó todavía más a las actividades de un terrorismo político que entre 1919 y 1923 causó la muerte a varios cientos de personas.

El país se enfrentaba tanto al riesgo de fractura horizontal como de conflicto sociopolítico vertical. Aunque España era uno de los Estados históricos más antiguos de Europa, si no el más antiguo, cuyo origen se remontaba a la monarquía visigótica de los siglos VI y VII, durante el XIX y el XX le costó mucho convertirse en una nación moderna, unificada y políticamente movilizada. Geográficamente está dividida por múltiples cadenas montañosas. Por otra parte, además del castellano común, en ella se hablan otras tres lenguas: el catalán en Cataluña, el euskera en el País Vasco y el gallego en Galicia. A los problemas emanados del atraso se añadía un desarrollo económico absolutamente desigual, concentrado abrumadoramente en el norte y el noreste del país. Esas divisiones y un sistema educativo rezagado hicieron que la percepción de la unidad política, expresada a través de un nacionalismo español global, fuera comparativamente débil, y que a comienzos del siglo XX, en Cataluña y el País Vasco, las dos zonas más modernas e industrializadas, ambas con lengua propia, se viera cuestionado por movimientos nacionalistas regionales (que, como cabía esperar, de forma típicamente española, estaban internamente muy divididos). Durante mucho tiempo el nacionalismo vasco fue minoritario, en tanto que el catalán cobró fuerza con mucha mayor rapidez.